

MENSAJE DE LA XXXIII ASAMBLEA PLENARIA A LOS JÓVENES

Los Obispos de Colombia nos reunimos cada año para reflexionar sobre la Iglesia y el mundo; este año lo hemos hecho en torno al tema de las vocaciones sacerdotales y esto nos ha llevado a pensar especialmente en Ustedes.

Muchas personas les han dicho que Ustedes son la esperanza del futuro. También nosotros lo afirmamos con particular fe y confianza: nuestra responsabilidad de hoy será la suya en el año 2000. Pero ya desde ahora, como jóvenes tienen una inmensa importancia y responsabilidad en el mundo y en la Iglesia. Para expresarles el interés y el aprecio que nos merecen, llega a Ustedes nuestro mensaje cordial.

Compartimos su anhelo de forjar una Iglesia cada vez más libre, cada vez más comprometida con los pobres, cada vez más empeñada en la transformación de estructuras de injusticia y confiamos que desde ahora nos ayudarán en ésta renovación profunda y posteriormente la realizarán como tarea propia. No miren a la Iglesia desde fuera, como una institución más cuya suerte no les concierne y sobre la cual no tienen una palabra que decir. Queremos que asuman su puesto en Ella ya que Ustedes también son Iglesia. Sabemos que algunos jóvenes, frustrados o impacientes en la búsqueda del bien, se han dejado llevar por confusas corrientes pseudo-espirituales o se han alejado de la unidad católica. A todos ellos los invitamos a conocer mejor la fuerza renovadora del Evangelio y a tomar en serio la bella tarea de mantener siempre nuevo el rostro de la Iglesia.

La juventud desea otro tipo de sociedad, distinto del actual, donde no sean el consumo y la moda los que dicten normas de vida; una sociedad que reconozca el valor de la persona en su originalidad; una sociedad que ofrezca a todos reales oportunidades de desarrollo y donde la participación en los bienes materiales y culturales esté distribuida más equitativamente.

También nosotros queremos una sociedad nueva para ser así fieles al Señor Jesucristo, nuestro Hermano, nuestro Jefe, nuestro Dios y nos sentimos felices de identificarnos con Ustedes en esa búsqueda común. Hay quienes, llevados por su impaciencia, engañados por ilusorias promesas, han creído encontrar un camino válido de transformación social en ideologías falaces. A ellos y a quienes todavía no han asumido un compromiso personal los invitamos a ayudar a conformar la nueva humanidad que los cristianos debemos hacer surgir con plena fidelidad al Espíritu del Evangelio.

En la Iglesia hay lugar para todos, hay trabajo para todos, hay vocación para todos. Cada uno de Ustedes, sin distinción de sexo, raza, condición social o económica encontrará en ella su forma específica de servicio a la Humanidad y de realizar el plan de Dios sobre su vida personal. No busquen fuera de la Iglesia nuevas fuentes de espiritualidad o nuevos cauces de compromiso en favor de los hombres. Los encontrarán fácilmente en ella.

Hay en la Iglesia una forma excelente de servicio y compromiso: el servicio sacerdotal. Dios llama a algunos por este camino porque sólo El es dueño de sus dones; al hombre le corresponde acoger, discernir esta llamada y asumirla alegremente cuando la descubre en su vida. Hoy más que nunca urge una permanente floración de respuestas generosas al Señor. ¡Nunca falten corazones jóvenes que acepten el llamamiento de Dios!

Sin embargo, la vocación sacerdotal no agota las posibilidades de compromiso y ministerio. Construimos ahora una Iglesia cada día más comunitaria, obra de todos, con diversos servicios: la vida religiosa es una posibilidad siempre abierta de realización personal y de entrega; ¡hay, además, tantos otros que debemos crear para las comunidades cristianas, tantas vocaciones por descubrir en favor de los hermanos!

Muchos de Ustedes tal vez no estén llamados a la vocación sacerdotal, a la vida religiosa o a otros servicios especiales en la Iglesia. Sin embargo, tienen siempre un llamamiento del Señor para que llevando una vida personal cristiana muy coherente, mediante el estudio, el trabajo y el testimonio de hoy, aprendan a cumplir sus compromisos en la sociedad del mañana.

Fundar y cuidar un hogar es vocación natural y primaria para muchos jóvenes. Es también forma privilegiada de vivir la vocación a la Fe cristiana. Construyan sus hogares sobre el amor auténtico, no sobre el egoísmo, sobre la voluntad de perseverar, no sobre la veleidad; sobre la apertura a otros, no sobre la autosuficiencia. En tales familias brotará a su vez la pluralidad de vocaciones y también la vocación sacerdotal.

La Iglesia del mañana depende en gran parte de lo que hoy sean los jóvenes. Por ello los Obispos no

podíamos menos de compartir con Ustedes las inquietudes que hemos tenido en esta nuestra XXXIII Asamblea Plenaria.

El ateísmo, la evasión y el hedonismo que algunos ofrecen a los jóvenes como principios de vida, son fenómenos de cansancio propios, de una sociedad decrépita. Nosotros, en cambio, les presentamos el ideal cristiano valiéndonos de expresiones recientes de Su Santidad Pablo VI:

“¡Tenéis el deber de hacer ver a todos que el cristianismo es joven! Muchos advierten que la Iglesia tiene dos mil años pero no está envejecida; antes bien, se diría que mientras más vive, llega a ser más capaz de engendrar nuevas fórmulas y nuevos escuadrones de adherentes, especialmente en la juventud que toma en serio las grandes llamadas y las bellezas misteriosas y regeneradoras del Evangelio.

“Os invitamos, por tanto, a reafirmar vuestra elección de incondicionada y confortante adhesión al Señor, al Señor que os hace vivir como luz, sal y fermento del mundo, para que vea el mundo ésta vuestra juventud floreciente, tan bella y tan alegre, tan ejemplar que dé gracias a nuestro Padre que está en el Cielo”.

Bogotá, agosto 5 1977